

El papel del movimiento

La importancia del movimiento en el desarrollo psicológico del niño

Informe presentado en la Soci     de Psychologie en el curso de las sesiones de la Section de Psychologie de l'Enfant et de l'Education, 1956. Publicado en 2, Enfance, 1956; reeditado en 3-4, Enfance, 1959, pp. 235-239.

Wallon, H. (1980). *Psicolog     del ni    . Una comprensi     dial    tica del desarrollo infantil*. Madrid: Pablo del R    . pp. 128-132

Hasta el momento en que aparece la palabra, el movimiento es lo     nico que puede dar fe de la vida ps    quica infantil y de hecho se identifica con ella en el ni    , cuya actividad comienza siendo elemental, discontinua, espor    dica, cuya conducta no presenta objetivos a largo plazo y a quien falta capacidad para diferir sus reacciones y escapar as     de las influencias del momento presente. Antes de que aparezca la palabra el ni     s    lo posee para hacerse comprender gestos, es decir, movimientos en relaci    n con sus necesidades o humor y con las situaciones y susceptibles de expresarlas.

Aparte de esos significados adquiridos, el movimiento posee en potencia, por su naturaleza, las diferentes direcciones que podr     tomar la actividad ps    quica. El movimiento es esencialmente desplazamiento en el espacio y posee tres formas, cada una de las cuales tiene su importancia en la evoluci    n psicol    gica del ni    . Puede ser pasivo o ex    geno, es decir, encontrarse bajo la dependencia de fuerzas exteriores, entre las cuales la m    s importante es la gravedad. En este caso no puede provocar sino reacciones secundarias de compensaci    n o de reequilibrio. Estas reacciones est    n reguladas por un aparato muy arcaico en la serie de los vertebrados y pueden manifestarse en el hombre desde el periodo prenatal, como lo ha mostrado Magnus y Kleijn en el caso de los reflejos cervicales y laber    nticos. Estos reflejos desaparecen normalmente despu    s del nacimiento, pero son los primeros de una serie que en etapas sucesivas y a trav    s de la b    squeda de las posturas necesarias y de los puntos de apoyo apropiados conducir    n al ni     desde la posici    n de acostado a la posici    n de sentado, a la posici    n de rodillas y finalmente a la posici    n de pie, que es la propia del hombre y que ha ejercido una decisiva influencia en los progresos de su comportamiento.

La segunda forma de movimiento se debe a los desplazamientos autógenos o activos ya del propio cuerpo en el medio exterior, ya de objetos que se encuentran en dicho medio: locomoción o prensión.

La tercera, finalmente, consiste en el desplazamiento de los segmentos corporales o de sus fracciones unos en relación con otros. Se trata de reacciones posturales, que se confunden parcialmente con las del equilibrio señaladas en el primer grupo. Pero éstas adquieren un carácter más detallado, más diferenciado y hasta podría decirse que más psicológico: se exteriorizan como actitudes y como mímica. Estas tres clases de movimientos se encuentran más o menos implicadas entre sí; se condicionan mutuamente. Pero el desarrollo de todas ellas o sus anomalías muestran que pueden combinarse diferentemente entre sí y con diferentes regulaciones en función de los individuos.

El órgano del movimiento en todas sus formas es la musculatura estriada, en la que pueden distinguirse dos actividades, aunque estrechamente complementarias: por una parte, el encogimiento o el alargamiento simultáneo del propio músculo, del que se sigue el desplazamiento del miembro y su puesta en movimiento (función clónica del músculo); por otra parte, su función tónica, que mantiene en el músculo un cierto nivel de tensión que varía con las condiciones fisiológicas propias del sujeto o con las dificultades del acto que se está realizando. El tono es lo que puede mantener a los músculos en la forma que les ha dado el movimiento en el caso de que éste cese. Acompaña al movimiento para sostener su esfuerzo a la medida de las resistencias encontradas, pero puede separarse de él y transformarlo en actitud estable, es decir en inmovilidad. El tono posee una regulación compleja que pone en evidencia las distintas clases de hipertonía o de hipotonía relacionadas con lesiones en diferentes lugares del sistema nervioso. El tono es la contextura de que están hechas las actitudes y las actitudes se encuentran en relación, por una parte, con la acomodación o la espera perceptiva y, por otra, con la vida afectiva.

Todo este aparato funcional está bien lejos de encontrarse dispuesto para ponerse en marcha en el momento del nacimiento. Sus diversos componentes aparecerán cada cual en el momento oportuno y permitirán entonces al niño modificar sus relaciones con el medio. Pero podrán ser en cada individuo más o menos precoces o más o menos apremiantes: de ahí la diversidad de complexiones motrices.

Los movimientos en el recién nacido parecen simples descargas ineficaces de la energía muscular, en las que se mezclan sin combinarse adecuadamente reacciones tónicas y clónicas, espasmos y bruscas interrupciones de gestos sin coordinación, automatismos sin utilidad en ese momento, como los movimientos de pedaleo observables ya en las primeras semanas.

Sin embargo, esa agitación es suscitada por las necesidades del niño, por sus estados de bienestar o malestar. Constituye la señal de ese estado para su entorno y provoca así una intervención en su favor. Se establece así una vinculación cada vez más específica según las exigencias del niño y según las circunstancias. Los primeros gestos que son útiles al niño, son, así, gestos de expresión, ya que sus actos no son susceptibles todavía de procurarle nada de las cosas que le resultan indispensables. Se trata, por lo demás, de un modo de expresión exclusivamente afectivo, pero cuyos matices pueden corresponder finalmente a toda la gama de las emociones y a través de ellas a situaciones variadas, de las que el niño se hace consciente de manera quizás confusa y global pero vehemente. La emoción tiende a la representación a causa de las actitudes y los simulacros que pone en juego. Constituye una cierta forma de sensibilidad, de acción, de conocimiento, que ha debido darse en un cierto momento de la historia de la especie, como parecen atestiguarlo al mismo tiempo los centros que corresponden a sus automatismos en el sistema nervioso y las ceremonias o ritos que tienden a orientarlos para hacer de ellos manifestaciones de la colectividad en las civilizaciones aun poco desarrolladas intelectualmente.

Por todo ello se puede dar a este período el nombre de “estadio emocional”, no porque corresponda de modo exclusivo a una determinada delimitación temporal en el curso de la evolución, sino porque en él se da un determinado tipo de relaciones con el medio, relaciones que son en ese momento dominantes y que dan un estilo particular al comportamiento del niño. Formas diferentes de actividad pueden, en efecto, coexistir en el niño; pero en cada edad una de esas actividades predomina sobre las demás, actividad que provoca un cambio y, con harta frecuencia, un enriquecimiento específico en las relaciones del niño con el ambiente: esa actividad será característica del estadio correspondiente.

Mientras está aún dominado por su subjetividad afectiva, el niño se entrega ya a actividades que anuncian el estadio siguiente, el “estadio sensorio-motor”. Esas actividades conservan un carácter subjetivo e incluso con frecuencia afectivo, pero

resulta una ligazón más estrecha entre el movimiento y sus consecuencias sensibles, lo que supone un reconocimiento minucioso de los datos sensoriales, y una percepción más precisa y más discriminativa de las estimulaciones causadas por los objetos exteriores. Se trata de una actividad *circular*, así llamada porque el efecto procedente de un movimiento a veces fortuito provoca su reproducción, como si se tratase de verificar sus relaciones y a continuación sus modificaciones mutuas. Por ejemplo, los balbuceos variados del niño que no habla todavía le llevan a distinguir entre sí los diferentes sonidos que producen las contracciones diversas de su aparato fonador y le preparan para discernir los mismos sonidos articulados en su entorno.

En algunos niños la actividad sensorio-motriz tiene unos comienzos explosivos. Parecería que se tratase de una necesidad que se despierta. En ellos puede apreciarse el instinto o el reflejo llamado de *orientación* y de *investigación* por Pavlov, quien lo encontró particularmente desarrollado en el mono; pero existe también en el niño, aunque habitualmente menos disperso y desordenado. La actividad sensorio-motriz pasa por distintos niveles. Presenta una primera fase subjetiva. Empieza el día en que la mano, que entró a causa de un movimiento fortuito en el campo visual, retiene la mirada, que sigue atentamente sus desplazamientos y detenciones. Pronto es la mirada la que dirige a la mano y la hace ir hacia los objetos del entorno. En principio, se trata de gestos apetitivos y en ocasiones como de júbilo o impaciencia, a los cuales W. Stern rehúsa la cualidad de gestos de presión. Después, el acto de presión se hace incontestable. Comienza siendo poco diferenciado, de manera que el niño se acerca al objeto con las dos manos a la vez, globalmente, y lo coge sin precisión. Después, hacia los diez meses, el acto de prensión se convierte poco a poco en una palpación más o menos estructural y termina finalmente en una manipulación en la que la actividad de cada mano es complementaria de la de la otra y no ya exactamente simétrica o similar. Esta bipartición diferencial del movimiento parece tener una gran importancia en la evolución psicomotriz del niño, que puede realizar a partir de ese momento acciones combinadas en las que cada mano desempeña su papel, una lleva la iniciativa y la otra es su auxiliar.

En este momento aparece una nueva etapa. Hasta ahora el movimiento estaba ligado ya a influencias subjetivas, ya a la percepción de objetos exteriores. Ahora va a convertirse en el acompañante de representaciones mentales, a las que va a servir de soporte dinámico o descriptivo; va a construir un medio de imponerlas a la conciencia dominada completamente aún por las impresiones del momento y más o menos

cerrada al juego de las asociaciones. Se trata del “estadio *proyectivo*” (A partir de 1956 Wallon reduce los estadios sensorio-motor y proyectivo a un mismo estadio –el sensorio-motor- cuya unidad radica en la preponderancia de las reacciones frente al mundo exterior), en el que el niño se expresa tanto con gestos como con palabras, en el que parece querer hacer una representación mimética de su pensamiento fácilmente desfalleciente y de ese modo una especie de presencia. Incluso hará a veces simulacros para apoyar su relato.

Otra actividad que adquiere ahora una gran importancia es la imitación. También presenta la imitación niveles diferentes, cada uno de los cuales aparece en un momento determinado. Al principio, consiste en la repetición por parte del niño de un gesto que acaba de ejecutar él mismo cuando alguien reproduce este gesto ante él. Pone pues en juego la persistencia de una estimulación reciente y puede, por consiguiente, ser reavivada fácilmente en el aparato psicomotor. En esta forma puede observarse desde los seis meses, a edades bastante diferentes por lo demás según los autores. Un poco más tarde, cuando la percepción del modelo no tiene ya necesidad para ser de haber sido precedida del mismo gesto ejecutado espontáneamente, debe suponerse que existen sistemas de relaciones perceptivo-motrices, constituidos con anterioridad ya por el mecanismo de la actividad circular, ya –como lo ha explicado Guillaume- por medio de las reacciones convergentes que puede provocar simultáneamente una misma situación en varios individuos cada uno de los cuales ha asistido así a las de los otros. En un nivel todavía más elevado el modelo no procede ya solamente por la vía perceptiva bajo la influencia de una estimulación actual. El modelo es asimilado y en este caso la imitación puede exigir un cierto tiempo de incubación, que no se produce ya a la manera de un reflejo sensorio-motor, sino que entra en relación con la esfera de las representaciones. Es lo que sucede en el niño que revive una escena impresionante o que se imagina en el lugar de un personaje más o menos prestigioso. En ese momento la imitación puede devenir verdaderamente iniciadora.

Hay aún otras actividades cuyos progresos ejercen sobre el desarrollo del niño una influencia que va más allá de su propia entidad. Desde los dos años, el niño dispone de la marcha y comienza a disponer de la palabra. Antes de andar, se ha limitado a lo que Stern llama su espacio próximo, que no supera la longitud del brazo. De ahora en adelante, el niño puede medir por sí mismo las distancias, variar las direcciones, cambiar de entornos y establecer una continuidad entre ellos. El espacio adquiere para

él una realidad independiente de los objetos que lo pueblan. Es un campo libremente abierto a su actividad; sus veleidades de independencia y de evasión lo muestran perfectamente. El deseo de autonomía que se manifiesta hacia los tres años tiene aquí una de sus fuentes.

Por lo que a la palabra se refiere el aspecto audio-kinestésico pasa a segundo plano, aunque sigue siendo fundamental, y es el aspecto lingüístico el que ejerce la influencia esencial sobre el desarrollo psíquico, en la medida en que éste parece desde ahora sufrir más la influencia de los factores intelectuales. Sin embargo, ciertas dificultades o defectos motrices de la articulación verbal pueden ejercer una acción molesta en las relaciones del niño con la sociedad y, de rechazo, en su confianza en sí mismo y el normal despliegue de su persona.

El movimiento no interviene solamente en el desarrollo psíquico del niño y en sus relaciones con los otros, sino que también influye en su comportamiento habitual. Es un factor importante de su temperamento. Cada individuo posee una constitución motriz personal que depende de las regulaciones variables de sus diferentes actividades musculares. Hace algunos años que he emprendido, con la colaboración de Hiriartborde y más tarde de Denner, la tarea de someter a pruebas dinamométricas, por medio de un aparato susceptible de registrar la curva de su esfuerzo total, a los niños que van a mi consulta y en los que el examen clínico parece revelar ciertas particularidades motrices o psicomotrices. El análisis de los gráficos obtenidos ha mostrado que pueden ser reducidas a algunos tipos que corresponde cada uno a un complejo psicomotor determinado: formas diversas de inestabilidad, epilepsia, apraxia grosera, etc.

El estudio del movimiento en el niño presenta así, todavía, vastas perspectivas. Al principio, está ligado a los progresos de sus nociones y de sus capacidades fundamentales y cuando éstas pasan bajo el control dominante de la inteligencia, sigue todavía implicado en las maneras en que se exterioriza y se prodiga la actividad psíquica.
